

## CARTA XVIII.

## EL FILÓSOFO A TEODORO.

**E**STE día vino el padre á la hora regular, y despues que me dijo algunas palabras de consuelo para alentarme á proseguir mi empresa, habló así: Ayer, señor, quedamos en que hoy os procuraria dar una idea de la religion cristiana, y que trataria de haceros ver su espíritu segun los principios de la fe. Voy á cumplir mi palabra lo mejor que mi cortedad alcance, y procuraré que sea con la mayor sencillez y claridad. La religion tiene su hermosura propia, y no necesita de adornos extrangeros; la sencillez del estilo es el aliño que mejor la asienta.

La fe nos dice que hay un Dios criador y primera causa de todo lo que existe: que este Dios es único, increado, omnipotente y eterno, y que por su voluntad dió la existencia á las cosas visibles é invisibles: que no subsisten sino porque su providencia las mantiene y gobierna: que este Dios es el mismo que el símbolo de nuestra

fe llama Criador del cielo y de la tierra: que este Dios fué conocido y adorado por los judíos; que también lo fué por los gentiles, pero que estos profanaron su culto con muchas fábulas y supersticiones.

Que este Dios, el único que es y tiene el ser de sí mismo, es el único que existe por su propia naturaleza; es tambien el centro, la raiz y el principio de todas las perfecciones; pues todo lo demas que le debe el ser le debe tambien las buenas cualidades que pueden acompañarle, como que todo lo bueno, lo santo y lo perfecto que se puede hallar en sus criaturas, procede de su perfeccion original y primitiva, siendo ella el único manantial de donde sale todo bien.

Que este Dios por la fecundidad, riqueza y plenitud de su saber produjo en sí mismo ó engendró en su seno el concepto de su mente divina; esto es, su Verbo, su palabra interna, su razon, su inteligencia, su sabiduría, la verdad misma, que es el pensamiento de Dios eterno y subsistente.

Que Dios produjo este concepto de su mente divina, este Verbo que es de su propia naturaleza, el cual subsiste eternamente en ella, por el cual crió el mundo, le sostiene y gobierna: que le engendró en su seno desde la eternidad, y le produjo de su misma substancia: así le llamamos su Hijo. Y como Dios Padre no puede dejar



de amarse á sí mismo, porque es infinitamente amable, tampoco puede dejar de amar á este su Hijo, que siendo tan perfecto como él, es también infinitamente amable; y por la misma razón el Hijo no puede dejar de amar á su Padre, que le ha dado su mismo ser y sus mismas perfecciones.

Que de este amor infinito é inefable con que el Padre y el Hijo se aman, procede el Espíritu Santo, y es de la misma naturaleza que el Padre y el Hijo, pues no es otra cosa que el amor de los dos. Y que de esta manera, aunque la naturaleza divina sea única é indivisible, hay en ella realmente tres relaciones distintas que llamamos personas para distinguir las, aunque las tres no sean mas que una misma substancia. Y si fuera posible usar de comparaciones en objetos tan superiores á nuestra inteligencia, se pudiera decir que estas tres relaciones subsisten en la esencia divina á la manera que en el alma humana estan la memoria, el entendimiento y la voluntad, que aunque son tres potencias distintas subsisten en la misma alma, que por su naturaleza es única, indivisible y simple.

Este es el inescrutable misterio de la Trinidad divina, y primer artículo de la religion cristiana, misterio que estuvo largo tiempo escondido en el seno de Dios; pues aunque en el Antiguo Testamento hay algunas nociones por don-





*Tratado del misterio de la Trinidad divina, y primer articulo de la Religion Christiana: por toda la Carta XVIII.*

de ahora se puede rastrear, no eran bastante claras para que los hombres las pudieran entender.

Tambien es cierto que Dios desde el principio habia prometido un Mesías; pero entónces pocos conocieron que este Mesías seria su Hijo unigénito, su sabiduría increada, su Verbo divino, nacido en la eternidad de su propio seno, en una palabra, el mismo Dios.

Fué este Hijo unigénito el que descendiendo del cielo, unió á sí la naturaleza humana, y se hizo hombre por salvar á los hombres, y el que en el curso de su mision divina nos descubrió este portentoso secreto, que jamas hubiera podido descubrir ni inventar la razon humana. El fué el que nos dió una idea clara de la naturaleza divina, enseñándonos claramente y sin rodeos que su divino Padre le habia engendrado en la eternidad de su propia substancia, y que del amor de los dos procedia el Espíritu de ambos. Y aunque se dignó de explicarnos sin embozo que él procedia de su Padre por generacion, y que era su Hijo real y verdadero, no nos explicó cómo procede el Espíritu Santo de ambos, contentándose con decirnos que él y su Padre produjeron al Espíritu Santo, que es persona distinta de ambos.

Ve aquí pues, lo que cree el cristiano, y lo cree porque Jesucristo lo ha dicho. Despues que este divino Salvador probó con pruebas tan

\*



claras y tan evidentes que era Dios, ¿cómo era posible dejar de creer lo que nos dice? ¿Quién podrá conocer mejor la naturaleza divina? ¿Qué importa que nuestra razon no descubra con claridad todas las relaciones de misterios tan oscuros? ¿Quién la ha dado órganos para conocer lo que es divino, cuando apenas puede concebir lo que es humano? ¿Cómo hablará con propiedad de la naturaleza de Dios, el que ignora lo que es la de los brutos? Así sin la pretension de entender ni explicar el misterio de la Trinidad, solo procura estudiar y saber lo que Jesucristo se ha dignado decir para creer y adorar. Y porque Jesucristo lo ha dicho, créese que Dios es uno y trino: uno en su esencia, y trino porque en esta única esencia hay tres personas realmente distintas.

Cuando dice que hay tres personas, no imaginéis que este nombre de personas tenga en la naturaleza de Dios la misma significacion que en nuestro idioma familiar, que signifique lo mismo que entendemos cuando decimos que Pedro, Pablo y Juan son tres personas distintas: hay infinita diferencia entre Dios y los hombres; pero la usamos y la usaron los Santos Padres para distinguir el Padre del Hijo, y el Espíritu Santo del Hijo y del Padre, sabiendo bien que esta expresion es defectuosa por la grosería del lenguaje humano. Y aunque no podemos expli-

carlos mejor, procuramos elevar nuestro espíritu, y confesar con la Iglesia que se conforma reverente con las palabras de Jesucristo, que la esencia de Dios una, simple é indivisible, incluye en sí la omnipotencia que es el Padre, incluye la sabiduría ó la palabra interior que es el Hijo, incluye el amor con que ambos se aman, y que los une, que es el Espíritu Santo.

Este misterio es de su naturaleza tan alto y elevado, que en su contemplacion se abisman los espíritus mas sublimés. La Divinidad es un abismo insondable de magestad y grandeza. Pero para creerlo ¿no basta saber que Jesucristo lo ha dicho, y que Jesucristo es Dios? Por eso está explicado con distincion en el Símbolo de nuestra fe, y cuando decimos ó cantamos el *Credo*, protestamos particularmente creer y adorar el misterio de la Santísima Trinidad.

Cuando nombramos á Dios, cuando le pedimos que nos ayude, ó le hablamos de cualquiera otra manera, entónces entendemos dirigirnos á este Dios uno, trino, indivisible y omnipotente, que todo lo ha criado de la nada, que está presente á todo, que hace gozar á los bienaventurados de la inmensidad de su gloria, y que desea darnos la misma felicidad. A este Dios, nuestro soberano Señor, nuestro único bien, debemos dirigir como á fin, todos nuestros ruegos y adoraciones: él solo es el objeto de nuestra adoracion y religion.



Sus bases son el amor y el temor. Dios es infinitamente bueno y santo: por su naturaleza ama la virtud y detesta el vicio. Nos manda obedecer sus leyes y resistir á los deseos de nuestros apetitos. Tiene el poder de castigarnos, y nos ha declarado que lo ejecutará si no le obedecemos. Estos son los principios que fundan la necesidad de obedecerle, para no exponernos á los peligros de su cólera; y de ellos se infiere que el pecador no le teme, cuando á pesar de su peligro se deja arrastrar de sus pasiones, ó cuando fiado en la esperanza incierta de aplacarle despues se abandona con falsa seguridad al torrente de sus vicios.

Pero fuera de este estímulo tan poderoso hay otro mas noble, y en las almas generosas mas activo: este es el amor. ¿Qué nos dice el primero y mas principal de los mandamientos? *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, toda tu alma y todo tu espíritu.* En efecto, ¿qué puede amar el hombre si no ama á su Dios á quien lo debe todo? ¿Y qué ménos puede hacer que amar á tan buen Padre, cuyos atributos solos debieran arrebatarle de admiracion y de amor? Infinitas son las razones de amarle, y las de manifestar que le amamos mas con acciones que con palabras. Este amor tierno y respetuoso debe ser el sentimiento dominante de nuestro corazon, y él debe impedirnos hacer nunca cosa que le pue-

da ofender. El nos debe excitar á estar siempre en su presencia, á no apartarle nunca de los ojos del alma, y á repetirle actos de adoracion y de amor. A lo mismo debe excitarnos nuestro propio interes; pues se ha dignado asegurarnos que una felicidad sin fin será precio de un amor que debiéramos tener sin esta esperanza; y que premiará una obediencia que es la mas simple y debida obligacion de un hijo para su padre, ó de un esclavo para su señor.

Aunque la religion deba adorarle en todas partes, pues Dios está en todas ellas, y todo lo llena con su inmensidad, debe hacerlo con especialidad en sus templos, donde reside como en un trono invisible, y donde mas particularmente nos da audiencia. Por otra parte, los templos estan consagrados á su gloria: son la congregacion de los fieles, en donde se reunen las almas para presentarle sus oraciones y su culto, y allí es donde debemos levantar mas nuestros corazones para reconocer su grandeza, nuestra dependencia, y adorar lo infinito de su magestad: allí debemos bendecirle, pedirle que su nombre sea glorificado en todo el mundo, y que su divina voluntad sea por siempre obedecida.

No debemos tener otro objeto en todas nuestras acciones, aunque sean las mas indiferentes y comunes, como el trabajo, las comidas y el sueño; pues debemos hacer todo esto porque Dios



quiere que lo hagamos. Por esto la Iglesia nos enseña á que las empecemos todas haciendo la señal de la cruz, uniendo á esta demostracion de cristiano la expresion de *Gloria sea al Padre, al Hijo y al Espiritu Santo*, para hacernos entender que todo lo debemos hacer por la gloria de este Dios, trino y uno.

Nosotros somos pobres y miserables criaturas. Siempre estamos cubiertos de pecados graves ó ligeros, que nos hacen mas ó ménos culpados: siempre tenemos necesidad de perdon, y siempre le debemos pedir. Pidámosle pues continuamente á este Padre misericordioso, que es el único que nos le puede conceder; pero este ruego debe ir siempre acompañado de un dolor sincero de haber ofendido á un Dios tan bueno, y de una resolucion muy determinada de no volverle á ofender. Esta oracion necesita ménos de palabras que de afectos. No es menester decir mucho, sino sentir bien. Dios ve el fondo de los corazones, y solo se complace con la sinceridad de la intencion. ¡*Mi Dios!* misericordia; socorre á esta tu pobre criatura: esto basta para explicar el dolor activo que debe ser el sentimiento habitual de un pecador. Y si el corazon lo pronuncia interiormente con verdad, este afecto solo llegará hasta el trono de Dios.

El motivo mas puro de este dolor es el que la Iglesia nos indica. Esta santa madre nos instru-

ye de que todos los motivos que nos apartan de ofender á Dios, son buenos; que todos los que pueden producir el arrepentimiento de las ofensas ya cometidas, lo son tambien; pero que el mejor principio, la mas justa y mas noble causa de todas, es el amor de Dios: esto es, que debemos procurar la detestacion de nuestras culpas por el dolor de haber ofendido á un Dios tan bueno; y que debemos determinarnos á reformar nuestras costumbres por no volver á ofender á un Dios tan santo como grande, á un Padre tan poderoso como tierno. Este dolor que no se mueve únicamente por el propio interes, sino que tiene á la vista la ingratitud, la injusticia y la iniquidad que se ha cometido contra un Dios tan digno de nuestro amor, es el que se llama contricion, el mejor y mas noble de todos; y puede llegar á ser tan vivo y eficaz, que por sí solo baste á justificar al pecador.

Del mismo modo la conciencia delicada, el corazon timorato que se observa con cuidado, que vela con atencion continua para no hacer cosa alguna que pueda desagradar á Dios, y que obra no tanto por obtener sus recompensas, y huir sus castigos, como por no disgustar á un Dios tan digno de ser amado, por no ofender á un padre á quien todo se debe, y á quien se aprecia sobre todo, este tiene un sentimiento el mas digno de un cristiano. Este es el temor filial; el



afecto sensible de un tierno amor, el que mas honra y glorifica al amor divino, y el mas sublime esfuerzo de la virtud del cristiano; sentimiento superior á la naturaleza corrompida, pero que se obtiene con la gracia, y se cultiva con el ejercicio.

Este es por lo ordinario el fruto de la oracion sincera y fervorosa; pero ántes de tratar de esto volvamos á las primeras ideas de la religion. El cristiano debe, pues, invocar y adorar á la Trinidad divina, dirigiéndose al Padre Eterno por la mediacion de su Hijo, y con la gracia y auxilio del Espíritu Santo. El mismo Salvador nos enseñó á dirigirnos á su Padre cuando nos dijo (1): „Cuando os pongais á orar, retiraos al „lugar mas secreto de la casa, y vuestro Padre „que conoce los pensamientos mas secretos, os „escuchará.” Y él mismo nos enseñó á dirigir al Dios omnipotente la mejor de todas las oraciones, que es el *Padre nuestro*, asegurándonos que todo lo que pidamos al Padre en nombre de su Hijo, nos será concedido.

La Iglesia nuestra madre y nuestra maestra, cuyos ejemplos debemos imitar, empieza por lo comun sus oraciones dirigiéndolas á Dios Padre, que es la primera persona en el órden: las continúa interponiendo la mediacion del Hijo, por

[1] Matth. vi. 6.

que sabe que no podemos obtener nada sino por sus méritos; y las termina en la union del Espíritu Santo, porque su intencion es adorar y glorificar toda la Santísima Trinidad.

Así, aunque sea imposible dividir lo indiviso; aunque no se pueda ni aun concebir una persona sin las otras, á causa de su absoluta inseparabilidad en la substancia, y aunque todas tengan la misma esencia y los mismos atributos, nuestro entendimiento, siguiendo el ejemplo de la Iglesia las atribuye particulares relaciones, y la religion nos indica que para que nuestra oracion sea arreglada al espíritu del cristianismo, se dirija desde luego á Dios, el Padre Eterno, el Criador de todo; que se le pida por los méritos de su Hijo, el Hombre Dios y Redentor del mundo, y que se le pida invocando su Espíritu divino, que pide en nosotros y con nosotros para hacer nuestra oracion digna de ser oida. Todo esto sin separar una persona de las otras, porque las tres son el mismo Dios único, indivisible y eterno, á quien debemos el ser; el Dios de quien tenemos los bienes de la tierra, y de quien esperamos los del cielo.

Es imposible, señor, que el hombre pueda formarse una idea justa de este misterio. Es de una esfera muy superior á sus cortos alcances; le créé porque se le ha revelado, porque la Iglesia le créé, y ya hemos visto las razones invencibles que tie-



ne para creerlo aunque no lo comprenda. Tampoco puede formarse idea de Dios trino y uno, porque siendo inmenso é invisible, sus sentidos no le pueden ofrecer ninguna imágen adecuada que se la dé. Los pintores han querido contentar la imaginacion dibujándole con formas sensibles, y no pudiendo hallarlas sino en las materiales que solo conocen, representan al Padre con la figura de un anciano venerable que tiene al mundo en una de sus manos, y al Espíritu Santo como una paloma; pero estas son imágenes muy imperfectas y groseras.

El Eterno Padre no tiene ninguna semejanza con las criaturas, y no puede ser caracterizado con miembros humanos, y con las arrugas de la vejez. El Espíritu Santo ha tomado la forma de paloma y de lenguas de fuego para hacerse visible; pero dista infinito de estos y cualesquiera objetos terrestres. Solo el Hijo de Dios, ó la segunda persona de la Trinidad, ha dejado á nuestra fe una imágen visible; porque como se hizo hombre, podemos verle con la imaginacion tal como ha existido, y representarle como niño, como hombre y crucificado. No nos es posible ver su divinidad; pero las imágenes de su humanidad nos indican que es nuestro Salvador verdadero Dios y verdadero hombre.

La devocion que debemos tener á este Hombre Dios, no es solo obligacion esencial, sino con-

dicion indispensable para obtener la vida eterna. No hay otro nombre en que podamos salvarnos, sino el de Jesus. Dios no oye nuestros ruegos, ni nos concede nada sino por sus méritos, pero todo lo concede por sus méritos y su mediacion. Estos son los principios cristianos: y si consideramos todas las acciones y pasos de su vida, sus humillaciones, dolores, y en especialidad su passion y muerte, veremos que todo lo que ha hecho, todo lo que ha sufrido, fué únicamente por nosotros; pues él por su naturaleza era la inocencia misma, y no necesitaba de expiacion. Por poco que nuestro corazon sea sensible no olvidará un instante tantas pruebas de amor, y debe corresponder á tantos beneficios con la mas viva gratitud, y con el mas encendido amor.

Por otra parte Jesus es el autor de toda gracia, y la fuente de que mana todo bien espiritual. Es su sangre la que en el bautismo nos borra la mancha del pecado original, y nos hace hijos adoptivos de Dios. Es Jesucristo quien nos obtiene el perdon de todas nuestras culpas, que la depravacion ó la flaqueza nos hacen cometer, si tenemos de ellas un sincero dolor; pues es el único mediador entre Dios y los hombres. No hay gracia que no pueda conseguirnos con la sangre preciosa que vertió por nosotros, y que ofrece á su Padre sin cesar. En fin, es Jesucristo el que



recobró y nos ha restituido nuestros títulos para la vida eterna.

Las puertas del cielo no se abrieron ni se abrieran jamas sino por él. Nadie puede entrar sino por los méritos del Cordero de Dios, de la víctima que solo ella puede lavar nuestras iniquidades, y por esto á él únicamente se le ha dado y puede convenir el nombre de Salvador. ¡Qué nombre tan dulce! ¡Cómo debe excitar nuestro amor, y recordarnos la obligacion de buscar su socorro, y apoyar en él nuestra confianza! Como es consubstancial con su Padre, todo lo puede, pues el Evangelio nos dice que su Padre ha puesto todo el poder en su mano, dándosele sin límites en la tierra y en el cielo.

Por consiguiente, bien podemos dirigir nuestros ruegos á este divino Salvador para que nos perdone los pecados; pero el medio mas ordinario es implorar la misericordia del Padre por sus méritos, que son los únicos que pueden merecer las gracias del Autor de todo bien. Cuando nos presentamos á Jesucristo en su Sacramento para adorarle ó para recibirle, entónces nuestro corazón, que se hace trono de su amor, va á él directamente, y es el tiempo mas propio para suplicarle que nos cure de nuestros males, que nos fortifique y gobierne en el camino del cielo, y nos conceda los auxilios de que tanto necesitan nuestra debilidad y miseria. Cuando se conside-

ra que este Dios es tan bueno, que no contento con haber derramado toda su sangre para rescatarnos, se digna de venir á nuestros corazones, y que quiere habitar con criaturas débiles y tan indignas de favor tan precioso, ¿cómo no se ha de amar un Señor tan dulce, un bienhechor tan amable?

S. Pablo anatematiza al que no ama á Jesucristo, y la base de nuestra religion es amar y adorar no solo al Señor y Criador de todo, sino tambien á nuestro divino Salvador. Si debemos tener amor y gratitud al que nos ha criado y conservado, los mismos sentimientos debemos al que nos rescató con el sacrificio de la cruz, al que recobró nuestros derechos á la gloria eterna, y al que en su Sacramento se digna ser nuestro alimento y nuestra fuerza. Este es el verdadero espíritu del cristianismo; sin él nadie puede salvarse; y con él, suponiendo la observancia de los preceptos de Dios y de la Iglesia, la gracia nos conduce á la gloria.

Así, pues, la devocion es verdadera cuando nos lleva á Jesucristo; y se puede juzgar ciertamente de la solidez de la religion de cada uno por el profundo respeto con que le adora, sea en sus templos cuando está á la pública veneracion, sea cuando va públicamente en procesion, ó en viático á los enfermos. ¡Qué ménos podemos hacer cuando este Rey de reyes parece en



persona en medio de sus vasallos que correr presurosos á acompañarle y adorarle? Esta demostracion de amor excita su misericordia y nos atrae nuevas gracias; pero esta devocion exterior es nada cuando la interior no la produce: esta es el alma de aquel cuerpo. Trataremos de ella con mas extension cuando hablemos de su vida, de su doctrina, de su pasion y su muerte, que fueron los últimos rasgos con que dibujó su infinito amor para los hombres.

Baste por ahora decir que la verdadera religion consiste en el amor de Dios y del prójimo, y en nuestra confianza en Jesucristo como Salvador de los hombres y mediador con Dios; que esto es lo que nos enseñan los libros de la nueva ley; que este es el ejemplo que nos han dado los santos y lo que nos recomienda la Iglesia. Esto es lo necesario indispensablemente para salvarse, y ninguna otra devocion puede suplirlo. El que en lugar de estos principios sólidos, luminosos y de absoluta necesidad quisiera substituir otros que no fueran mas que de consejo, seria enemigo de la religion cristiana, pues quiere destruir sus fundamentos.

En la Trinidad adoramos tambien al Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo, y es consubstancial con los dos; y los dones preciosos que tenemos de este divino Consolador, nos deben inspirar para él una devocion particular y

determinada. La mayor prueba de bondad que Dios pudo darnos, fué la Encarnacion de su Hijo, y este plan de misericordia fué conducido por el Espíritu Santo. ¿Quién ha sentido mas su influencia y su fuerza que los apóstoles y discípulos de Jesucristo? Despues de haber vivido largo tiempo con su divino Maestro, despues de haber sido testigos de sus milagros y haber recibido todas sus instrucciones, no tenían todavía la fe viva, el amor generoso que no conoce obstáculos y sabe despreciar hasta la muerte misma.

Pero apenas les envía el Espíritu Santo, que descende sobre ellos en lenguas de fuego, estos pescadores débiles y groseros se transforman en misioneros intrépidos y sabios. Los horrores del suplicio y la muerte no los detienen, y sellan con su propia sangre las verdades que anunciaban. El mismo Espíritu que habia iluminado á los profetas, habla por los labios de los apóstoles, les da la inteligencia de las instrucciones que habian recibido, y les hace poner los cimientos de una religion nueva que debia triunfar de las antiguas. Este mismo fuego abrasó despues á las vírgenes y á los mártires, y era el que les hacia superar los tormentos y los cadalsos.

La mayor prueba de amor que pudo darnos Jesucristo, es ciertamente la institucion de la Eucaristia, pues en ella el pan y el vino se convierten en su cuerpo y en su sangre. Y aunque



este milagro se haga en virtud de sus palabras, la Iglesia cree que el Espíritu Santo concurre con su influencia, y por eso le invoca y le pide que derrame sus dones. En el bautismo cuando Dios nos adopta por sus hijos, el Espíritu Santo descendiendo sobre nuestras almas, y hace nacer en ellas las tres virtudes celestiales de fe, de esperanza y de caridad. El Apóstol ha dicho que la caridad ó el amor de Dios se derramó en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fué dado en el bautismo. Su nombre es amor, y el cristiano debe dirigirse á él si desea obtener el amor, que es la primera virtud del cristiano. La mejor señal de que habita en nosotros es sentir un amor de Dios tan vivo, que solo temamos ofenderle, y con un deseo muy ardiente de que todos le amen como nosotros.

El Espíritu Santo es el principio de todas las buenas inspiraciones: de él salen todos los dones y gracias con que el hombre se perfecciona: la religion los conoce, y él los distribuye entre los fieles como quiere. S. Agustin dice, que segun la palabra de Dios, al Espíritu Santo debemos propiamente la remision de los pecados, y que por esto tiene tambien el nombre de pacificador, porque de él se deriva toda santidad y gracia interior; bien que como hemos dicho, concurre toda la Trinidad. Seria imposible explicar todos los títulos que tiene á nuestro amor y

adoracion este Consolador divino; pero no olvidemos que nos importa que no se aleje de nuestro corazon, pues tanto lo necesitamos. Todo hombre cuando nace trae consigo otro espíritu bien diferente de aquel; un espíritu de concupiscencia, un amor vil y terrestre que con furor nos inclina á los objetos sensibles, que excita los deseos desarreglados y nos hace olvidar á Dios y la celeste patria, que en fin acaba por hacernos el desprecio y oprobio de los hombres, y por atraer sobre nosotros la cólera de Dios.

Para reprimir y vencer este espíritu seductor, no tenemos otro medio que valernos de aquel que solo nos inspira el amor del bien y el odio del mal; y nosotros debemos implorarle para que nos haga fáciles y dulces los ejercicios de las virtudes, para que nos sostenga en las tentaciones y nos inflame en el divino amor. Roguemos al Eterno Padre y á su divino Hijo que nos envíen al Espíritu Santo, y roguemos directamente á este Espíritu divino que encienda en nuestras almas el fuego celestial que ha inflamado tantos santos, y sin el cual no serémos compañeros de su gloria. Nosotros le hemos recibido en el bautismo y en la confirmacion; ¿pero qué hemos hecho para conservarle? ¡Miserables! Le hemos perdido; y lo peor es, que no pensamos en recobrarle, aunque el mismo Jesucristo nos asegure que su Padre nos le dará con la misma fa-



cilidad con que un hombre da pan á sus hijos.

El primer efecto que producirá en nuestras almas el amor y el temor que nacen de la religion, es inspirarnos una constante vigilancia en el cumplimiento de nuestras obligaciones; un cuidado no interrumpido de que nuestras acciones sean buenas, virtuosas y conformes á su divina ley, y una atencion continua de practicar todo lo que manda y evitar quanto desapueba. Las acciones son, pues, la piedra de toque, y no las palabras, y el mismo Jesucristo nos enseñó el único medio de distinguir si el amor que tenemos á Dios es real ó imaginario, quando nos dijo (1): „Aquel que sabe mis mandamientos y los guarda, es á quien mi Padre y yo amamos verdaderamente.”

No puede amar á Dios el que le ofende; no le puede temer el que le irrita. Dios no tiene necesidad ni de nuestro corazon ni de nuestras obras; pero por nuestra propia felicidad nos ha impuesto leyes. Examinad toda la moral de la religion, y veréis que la caridad, la justicia y la sabiduría han dictado todos los preceptos que nos dió el Hijo de Dios ó sus apóstoles instruidos en su escuela. Todos conspiran á que adquiramos la paz del alma, el mayor bien de esta vida. Sin ella no pudiera existir este amor

(1) Joan xiv. 21.

fraternal, esta union benévola y pacífica que hace la dulzura y armonía de la sociedad. Y no olvideis que la bondad de Dios es tal que quiere recompensar como mérito lo mismo que exige para nuestro bien.

Y aun no contento con esto para estrecharnos más á la práctica de la virtud y á la fuga del vicio, promete una infinita recompensa, un reino eterno de delicias al que obedezca su ley, y amenaza con tormentos sin fin al que la viole. Quando la religion no nos revelara esta verdad, la razon debia convencernos de ella. Un Dios cuya justicia es infinita, no puede dejar á los justos sin recompensa, ni á los malos sin castigo: y puesto que la tierra no es el lugar en que se corona la virtud y se castiga el vicio, es necesario que distribuya en el otro mundo las penas y las recompensas. Todos estamos de camino para él, y llegaremos á él despues de la corta peregrinacion de esta vida. Y si ahora nos parece que su balanza no pesa nuestras acciones, entónces se las verémos pesar con la mas rigurosa exactitud.

Esta es una de las verdades mas importantes de la religion, y que el Hijo de Dios ha repetido con mas frecuencia, confirmándola con milagros. El verdadero y sólido consuelo del cristiano es saber que despues de esta vida breve entrará en posesion de una felicidad que los ojos jamas han visto, que los oídos nunca han escuchado, y que



toda la extension del espíritu humano no podrá jamas comprender. En el ejercicio penoso de la virtud se acuerda de las palabras del Profeta (1): *¿Quién puede comprender, mi Dios, las dulzuras que preparas á los que te temen y te sirven?* Está seguro de ver á su Dios cara á cara, de gozar en compañía de los santos de una dicha inalterable y pura, y de tener parte en la gloria de Dios, sin que nada pueda disminuir jamas su interminable duracion, *¿Qué podrá, pues, entibiar el ardor con que aspira á merecer un bien tan inestimable?* Sabe que no puede tardar el dia, y espera en la fidelidad de su Dios el que recompensará como omnipotente y generoso el culto y las virtudes que exige.

Así pues, la primera de sus obligaciones es hacer buenas obras, y la primera de las obras buenas es abstenerse de las malas. Dios hubiera podido salvarnos sin ellas, como lo hace con los niños que mueren bautizados; pero su sabiduría ha querido que todo adulto coopere por su parte, y que el abedrión sostenido con su gracia merezca su felicidad. La vida eterna al mismo tiempo que es un don gratuito es recompensa. El Evangelio nos hace ver con qué liberalidad el padre de familia da talentos á sus siervos (2); pero este beneficio no es un título para la inac-

(1) Psalm. cx. 20. (2) Matth. xix. 27.

cion: al contrario, los da para que los siervos, so pena de ser tratados como inútiles, trabajen en hacerlos valer. Y no solo las buenas obras, sino las acciones que parecen mas indiferentes cuando la caridad las anima, nos pueden obtener tan alto premio.

No pensemos por esto que el hombre por si mismo pueda merecer nada, sino que con el auxilio de la gracia puede hacer obras meritorias. Todo se hace digno de los ojos de Dios cuando al impulso de su inspiracion cooperan el amor y la obediencia. Los apóstoles, aun no bien enterados de la doctrina de su Maestro, le preguntan un dia: Todo lo hemos dejado: ¿cuál será nuestra recompensa? Y Jesus les responde, que el que hace la voluntad de su Padre tendrá la vida eterna. Otra vez animando á los humildes y perseguidos, les dice (1): „Alegraos, porque en el cielo os está preparada grande recompensa.“ Y el Evangelio nos dice que cuando el Soberano Juez citará en el gran dia á su tribunal á todos los hombres, recompensará á sus escogidos de las obras que la caridad les hubiere inspirado. Dios es la verdad misma, y no puede faltar á su palabra.

El único medio pues de merecer y adquirir es-

(1) Luc. vi. 23.